

Inmaculada 2014

Queridas Hermanas: gozo y paz en el Señor y su Madre Inmaculada.

Os saludo en los días previos a la solemnidad de la Inmaculada, momentos de preparación de la novena o el Triduo o la fiesta en sí, en fin, días en que nuestros monasterios comienzan a transformarse para revestirse de sus mejores galas y los ensayos se enfocan a la celebración y el gozo. En medio de estas tareas quiero saludaros y compartir en alto estos pensamientos con vosotras.



Con motivo del año de la vida consagrada, quería acercarme a la vocación-consagración de María, pues ella marca y da color a la vida de consagración, comunión y misión de la Concepcionista.

Vocación-consagración.

A las puertas del Adviento, celebrar la Inmaculada siempre me ha parecido no una pausa, como en algún momento he escuchado, sino un acierto, o una consecuencia de dicho tiempo, porque contemplar este misterio es anticipar la alegría y la esperanza de que *la gloria del Señor aparecerá sobre nosotros* por el Hijo. La vocación de María “fue anunciada” ya en los profetas del pueblo de Israel: *La Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel.*

Nuestras constituciones nos dicen que ella estaba *predestinada desde toda la eternidad para ser la Madre de Dios*. Incluso podríamos ponerle palabras muy cercanas a nosotras: Inspirada y llamada por Dios, seducida por el amor eterno de Dios, recibe la llamada y la Palabra, el Verbo, se encarna en su seno.

En este tiempo, me viene a la mente la figura de María en estado de gestación, sintiendo, haciéndose consciente de la vida ya crecida de su hijo. Esta próximo el cumplimiento de la promesa al pueblo de Israel, y parece que ella, doncella, de un pueblo pequeño es la elegida. No sé yo si María, joven como era, sabía el alcance de este misterio. Ahí me apunto a que como tú y yo, fue conociendo a medida que avanzaba en este divino y misterioso camino, de qué se trataba: En existencia humilde y actitud permanente de fe. María desde aquel hágase, consentía a ser para Dios, a ser en el amor, a disponer sus entrañas a las iniciativas del Padre, a abandonarse en Dios, a decir sí al proyecto de Dios y no al suyo propio. *María, al abrazar de todo corazón y sin obstáculo de pecado alguno, la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor, mediante el servicio a la persona y obra de su Hijo.* (CC.GG 24).



Comunión

Maria vive su llamada unida al Pueblo de Dios, le ha sorprendido en camino con él y une su destino al de este pueblo, no se siente separada. Su fe la vive junto a él, no en solitario.

Con María también aprendemos que Dios es el centro. Ella se ha sentido Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu y vive en constante comunión con ellos. Y esa relación, en los distintos momentos de su vida se traduce en dar a Cristo a los otros.



A imagen de ella somos convocadas *en torno a Cristo*, a *estar con Cristo en un proyecto común*. Estamos llamadas a salir de sí para darnos al otro poniendo de manifiesto ese intercambio de amor continuo que se da en su interior, un amor que proviene de Dios.



Nos dicen nuestras constituciones que *la comunidad concepcionista se inspira en el misterio de María, modelo singular en la nueva familia del Reino, que con amor maternal cuida de los hermanos de su Hijo y fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo*(CC.GG 98). “Nuestras fraternidades sean lugares en el que el misterio de la humano, toca el misterio de lo divino en la experiencia del Evangelio”, nos dirá la carta “Escrutad” de la Congregación (...) Un lugar donde aseguremos para nosotros y favorezcamos a todos el espacio del cuidado de Dios. (nº 13).

La comunidad concepcionista configura todas las dimensiones de la persona y se expresa desde el misterio de María, en la entrega de unas a otras en el trabajo, en las responsabilidades y en la vivencia de la fe. (CC.GG 99). *En ella se manifiestan la ternura y el amor de Cristo en el respeto mutuo, en la confianza sincera, en la ayuda recíproca y en el perdón ofrecido en Cristo* (CC.GG 103).

María es “lugar de Evangelio”, es lugar de comunión, nadie como ella para enseñarnos a vivir en fraternidad.

Misión

Salve por ti se eclipsa la pena canta el himno Akathistos. Contemplando el misterio de la Inmaculada Concepción, descubrimos que caminamos hacia la plenitud, participando de la vida nueva, resucitada de Cristo. María primicia de esta novedad, primicia de la plenitud, limpia y pura, es figura de la mujer que sabe que el mal existe pero vive enemistada con él y no tiene cabida allí donde el Hijo tiene la primacía.

En la debilidad y *pena* de nuestra carne, ella nos muestra la certeza de la victoria de Dios, de la gracia dada en Cristo para nosotros. Este es el misterio de la gratuidad del amor de Dios, el misterio que nos dice que la gracia precede toda iniciativa humana, que por pura gracia fuimos salvados. El misterio de la Inmaculada Concepción pone de manifiesto no lo que María ha hecho, sino lo que Dios ha hecho en ella, por ello cada día estamos llamadas a agradecer a Dios el don maravilloso de la llamada, de la vocación, de la consagración que proviene de El y que se sustenta tantas veces en su fidelidad no tanto en la nuestra.



Necesitamos la mirada descentrada y limpia para contemplar la realidad con los ojos nuevos de la fe, de Cristo, de María. Felices, dichosas, seremos si emprendemos cada día el camino de la limpieza de corazón, en los acontecimientos, en las relaciones, en las tareas cotidianas.

El mal puede tener forma de tristeza, de carencia de fuerzas por los años, de incertidumbre ante el futuro, de conflictos enquistados, de pecados concretos, de acedia. Misión en estos casos será cuidar la vida por encima de la “muerte”, descubrir la belleza de Dios donde aparentemente solo está la fealdad del mal y ayudar a recobrar la esperanza. Misión será estar atentas para dar a luz, hacer crecer y cuidar a Cristo, nuestra esperanza, en estas “periferias” de la existencia que nos toca vivir. Unas veces acogiendo en el corazón estas realidades, otras intercediendo y presentándolas al Señor, otras escrutando el horizonte y poniéndonos en camino en las manos de Dios.

Santa Beatriz en su tiempo intuyó la fuerza y el poder que emanaba del misterio de la Concepción Inmaculada de María y fundó una forma de vida para contemplarlo, servirlo, honrarlo. Así queremos seguir haciéndolo muchos siglos después, en continuo dinamismo pero a su estilo, con la fuerza que un día lo profesamos pero revalorizado por la experiencia de los años. Es un horizonte que no podemos perder de vista.

Como habréis visto en los materiales enviados por el correo electrónico, al comienzo del año de la Vida Consagrada, ponemos al cuidado y en las manos de María Inmaculada nuestra propia Consagración y la de los diversos carismas en la Iglesia y nos unimos con esos pequeños gestos a la cadena de oración mundial convocada desde la Congregación para la Vida Consagrada. Espero que allí nos encontremos también en estos días.

Felicidades hermanas, Felicidades a las que celebran su santo, Felicidades a todas las Concepcionistas del mundo.



Hna. M^a José Hidalgo López
Presidenta

27 de noviembre de 2014